

UN PROBLEMA DE SOFISMAS.

Los orígenes de la Nación Argentina y sus antinomias

*A problem of sophistry
The origins of the Argentina Nation and his
contradictions*

ELIAS ZEITLER

Universidad Nacional del Nordeste [UNNE]
Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales [UCES]

Resumen

Entre fines del siglo XX y principios del siglo XXI los estudios en torno a los lenguajes y las identidades impulsaron el resurgimiento de la historia política en América Latina. Especialmente las revisiones historiográficas sobre el siglo XIX respecto a temas como la formación de los Estados y las naciones, estimularon renovadas investigaciones y publicaciones entre las cuales las de José Carlos Chiaramonte constituyen referencia obligada para el caso argentino.

En este propicio contexto se generaron los debates entre perspectivas políticas y culturales en el abordaje del origen de la Nación Argentina.

Este trabajo propone una reflexión sobre el estado de la cuestión de esta problemática focalizando en el discurso histórico de Chiaramonte, sus aportes y las críticas que a favor y en contra se han esgrimido.

Palabras claves: historiografía; nación; región

Summary

Late 20th century and early 21st century the studies concerning on languages and the identities boosted the resurgence of political history in Latin America. Especially the historiographical reviews on 19th century on issues such as the formation of States and Nations, they stimulated renewed research and publications between which those of José Carlos Chiaramonte are reference for the Argentine case.

In this favourable context is generated the debates between political and cultural perspectives in the approach to the origin of the Argentina nation.

This work proposes a reflection on the condition of the question of this problematics focusing in Chiaramonte's historical discourse, their contributions and criticisms that have been put forward in favour and against.

Keywords: historiography; nation; región

UN PROBLEMA DE SOFISMAS

Los orígenes de la Nación Argentina y sus antinomias*

ELIAS ZEITLER**

[UNNE-UCES]

Introducción

A fines del siglo XIII el filósofo Boecio de Dacia se preguntaba: ¿Significa algo “hombre” cuando no hay hombres? Y por consecuencia: ¿el conocimiento que se deriva de la comprensión de la proposición resulta destruido cuando se destruye el objeto conocido? Planteaba así el problema central que genera un sofisma analizado en términos de su aplicabilidad.¹

La importancia de la pregunta radica en que no refiere únicamente al valor semiótico de la palabra sino que está íntimamente ligada a la pregunta sobre “el valor de verdad de las afirmaciones que tienen un término vacío como sujeto”.²

Proponemos a nuestros lectores, conocedores de los debates en torno a los orígenes de las naciones, partir en esta reflexión de una pregunta más adecuada que nos permita replantearnos esta cuestión: ¿Significa algo “nación” cuando no hay naciones? Y si se destruye este objeto de conocimiento ¿se destruye también el conocimiento que deriva de la comprensión de su proposición?

Tal vez, ese fue el origen de muchos intentos de revisión historiográfica en torno a la cuestión del origen de la Nación Argentina, entre los cuales el de José Carlos Chiaramonte representa uno de los más significativos por varias razones: la trayectoria intelectual del historiador, su posicionamiento institucional, la rigidez metodológica de sus trabajos y la divulgación que han alcanzado.³

* Este trabajo forma parte de nuestra tesis doctoral “José Carlos Chiaramonte: provincias, regiones y nación en la historiografía argentina actual”, elaborada bajo la dirección de la Dr. María Silvia Leoni. La misma fue defendida y aprobada en la Universidad Nacional de Córdoba en marzo de 2014.

** Profesor en Historia por la UNNE. Doctor en Historia por la UNC.

¹ Cuando hablamos de sofismas nos referimos, en términos generales, a sentencias que pretenden ejemplificar determinadas cuestiones semánticas o lógicas y que van asociadas al análisis de los términos sincategoremáticos, es decir, aquellos que carecen de significado independiente. AUDI, Robert (ed.). *Diccionario Akal de Filosofía*. Akal, Madrid, 2004, p. 902.

² MORA MÁRQUEZ, Ana María. “Omnis Homo de necessitate est animal. Significación y referencia vacía en la segunda mitad del siglo 13”. En: *Kriterion*, Belo Horizonte, N° 131, junio 2015, p. 272.

³ En trabajos previos hemos analizado otras obras y/o aspectos de la historiografía de Chiaramonte así como el contexto historiográfico argentino de esta producción y las relaciones entre historia, memoria y nación. Véanse los siguientes artículos de nuestra autoría: “El campo historiográfico argentino en la democracia. Transición, profesionalización y renovación” (En: *Revista Digital Estudios Históricos*, N° 3, diciembre 2009); “Conceptos que hicieron historia. Nación, Provincia y Región en la historiografía de J. C. Chiaramonte” (En: *Artificium, Revista Iberoamericana de Estudios Culturales y Análisis Conceptual*, Año 4, Vol. 1, 2013); “La Nación Argentina en la encrucijada: crisis de una historia y una memoria” (En: *Revista Ponta de Lança*:

En las últimas décadas, Chiaramonte supo hacer uso de los aportes teóricos y metodológicos de las perspectivas renovadas de historia política, fundamentalmente en torno a los lenguajes políticos y la invención de la nación. En su obra *Ciudades, provincias, estados: orígenes de la Nación Argentina* (1997),⁴ que incluye artículos publicados desde mediados de los ochenta, retomando el tema de la Ilustración rioplatense y su repercusión en la enseñanza y el pensamiento económico-social, buscó profundizar en el terreno de las formas de identidad política atendiendo a los anacronismos conceptuales propios de las historiografías tradicionales (de vertiente liberal, revisionista o nacionalista), a la vez que aborda temas nuevos referidos a la emergencia de las primeras soberanías y la revalorización de los aportes del pensamiento iusnaturalista de la época.

Quizás, lo más destacable de su labor fue realizar un novedoso estudio de la historia política argentina de la primera mitad del siglo XIX sin abandonar los supuestos que confirmó en sus investigaciones de carácter socioeconómico, enraizados en el análisis del caso correntino y su propuesta alternativa de organización nacional. Sin aparentes contradicciones, aunque con ciertos desplazamientos interpretativos, sus estudios de historia política le sirvieron para corroborar y fundamentar mejor aún sus hipótesis sobre la inexistencia de una *Nación Argentina* al momento del estallido revolucionario en el Río de la Plata.

A partir del estudio del caso argentino Chiaramonte extendió territorialmente el análisis en su obra *Nación y Estado en Iberoamérica: el lenguaje político en tiempos de las independencias* (2004),⁵ cuya novedad planteada desde un enfoque político-conceptual fue la revisión del significado del concepto *Nación* en los Estados iberoamericanos y las mutaciones que sufrió durante el siglo XVIII y la primera mitad del XIX, en relación al principio de las nacionalidades impuesto por el romanticismo posteriormente en la segunda mitad del XIX. En este ensayo histórico, Chiaramonte retoma sus hipótesis centrales del caso argentino y proyecta al conjunto de naciones iberoamericanas los resultados más importantes de sus investigaciones en torno al

Historia, Memoria & Cultura, Año 5, N° 9, oct. 2011/abril 2012); "Problemáticas intelectuales en torno al pensamiento marxista. Modos de producción y lenguaje de clases en el discurso de J. C. Chiaramonte" (En: *La Razón Histórica; Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas*, Instituto de Política Social, N° 28, septiembre-diciembre de 2014); "El fin del mito. Corrientes y la Nación en el relato histórico de J. C. Chiaramonte" (En: *XIII Jornadas Inter Escuelas-Departamentos de Historia*, Facultad de Humanidades-Universidad Nacional de Catamarca, del 10 al 13 de Agosto de 2011, publicación en CD); "La cuestión regional como cuestión nacional. El caso de Corrientes en la primera mitad del siglo XIX: aportes de J. C. Chiaramonte" (En: *XXIX Encuentro de Geohistoria Regional*, Posadas, 1 y 2 de octubre de 2009, publicado en CD); "La nación y las provincias en el proceso revolucionario: la visión historiográfica de José Carlos Chiaramonte" (En: *Segundo Congreso de Historia de la Provincia de Corrientes y la Región*. Junta de Historia de Goya, Goya-Corrientes, 4 al 5 de noviembre de 2010, publicación impresa).

⁴ Utilizamos aquí la edición de Emecé Editores 1997.

⁵ La edición corresponde a Sudamericana.

vocabulario político de la época pero también respecto al papel de las ciudades y los “estados provinciales” antes de la formación de los “Estados nacionales”, así como la naturaleza jurídica y política de los debates entre “centralistas” y “federalistas” (cuestión estrechamente ligada al alcance de los conflictos políticos del período posrevolucionario) y, fundamentalmente, la importancia del iusnaturalismo -derivado del Derecho natural y de Gentes- que permite comprender las doctrinas políticas invocadas por los criollos revolucionarios (pacto de sujeción, retroversión de la soberanía, principios del consentimiento, divisibilidad o indivisibilidad de la soberanía).

El análisis de casos iberoamericanos en los que puede comprobar la inexistencia del nacionalismo en la etapa revolucionaria le sirve de base para afirmar una recurrente crítica a la historiografía liberal y nacionalista que veía en los movimientos independentistas una manifestación del sentimiento de nacionalidad en los nuevos Estados emergentes. Eliminado el inexistente contenido nacionalista de estos movimientos encuentra en ellos más bien un sustento intelectual anidado en los fundamentos iusnaturalistas y contractualistas que constituyeron la matriz intelectual y conceptual desde la que fueron pensados y llevados a cabo.

Conocida es su hipótesis central de que las actuales naciones iberoamericanas fueron el fruto y no el fundamento de los movimientos de independencia, ya que durante las primeras décadas del siglo XIX la verdadera soberanía de los pueblos recaía en las ciudades y, posteriormente, en las “provincias” (que para Chiaramonte llegaron a conformar, en realidad, verdaderos estados soberanos e independientes). La nación no es por lo tanto un punto de partida sino un punto de llegada de los movimientos revolucionarios. Con esto pretende advertir tanto la falsedad de una concepción preexistente de la nación en la historiografía tradicional como una engañosa tendencia a *historizar la nación*, tratando de reconstruir su génesis e interpretando toda identidad colectiva como una manifestación anticipada del futuro sentimiento de nacionalidad. Pero para poder analizar la *escritura de la historia* de Chiaramonte sobre la cuestión de la nación en torno a las identidades y los lenguajes políticos en tiempos de las independencias, es necesario primero comprender los argumentos centrales que esboza y entrecruza en el ejercicio de una *operación historiográfica* que responde a una doble estrategia: una investigación histórica sobre la naturaleza de las primeras entidades soberanas surgidas en el proceso independentista y las concepciones políticas implicadas en éste, pero también un estudio historiográfico que trata de evitar una “proyección anacrónica de esquemas contemporáneos sobre el pasado” (2004: 9) y critica a las historiografías que tienden a “deformar la comprensión de todo lo ocurrido

antes de la emergencia de la nación, por suponerlo sólo como antecedente suyo...” (1997: 15).

Para abordar esta cuestión proponemos partir primero de una revisión del estado de la cuestión sobre la nación y el nacionalismo para contextualizar luego la escritura de estas dos obras de Chiaramonte y analizar sus presupuestos a fin de dar cuenta tanto de sus aporías como de sus contribuciones a la historiografía argentina y latinoamericana.

Del problema de la *nación* a la *nación* como *problema*

Si desde la consolidación de la historia como una disciplina científica en el contexto del positivismo decimonónico el problema de la nación, es decir, el problema que implicaba explicar sus orígenes y desarrollar su génesis, ocupó la atención de los historiadores de aquel momento, parece evidenciarse también que las inquietudes al respecto no se han agotado en nuestros tiempos en tanto que todavía constituye un tema predilecto de estudio histórico.

Por esto, la postura de Chiaramonte debe ser comprendida en el contexto internacional del debate historiográfico sobre la formación de las naciones y el significado mismo de la “nación”. Es cierto que en este debate abundaron las interpretaciones pero es posible reconocer y caracterizar aquellas que más recepción y difusión tuvieron entre los historiadores.

La más tradicional es la definición propuesta por el filósofo e historiador francés Ernest Renán en una conferencia dictada en la Sorbona en 1882 titulada *¿Qué es la nación?* (posteriormente publicada). En ese entonces, Renán afirmaba que la nación moderna era el “resultado histórico producido por una serie de hechos que convergen en el mismo sentido” pero que, siempre, son precedidos por una “profunda razón de ser”. Sin embargo, la raza, la lengua, la religión, los intereses, la geografía o las necesidades militares no ofrecen bases suficientes para el establecimiento de una nación moderna porque “Una nación es un alma, un principio espiritual”, un alma formada por la posesión común de un legado histórico y el consentimiento presente de vivir juntos y hacer valer la herencia recibida: es decir, un alma constituida por la historia común de un pueblo y su voluntad de proyección futura.

Unos cien años después, en 1983, el filósofo y antropólogo francés Ernest Gellner en su libro *Nations and Nationalism*⁶ planteaba nuevamente la dificultad de definir tanto al concepto de Estado como al de Nación, en tanto ambos “son una contingencia, no una necesidad universal” y por lo tanto “Ni las naciones ni los estados existen en toda época y circunstancia”, aclarando inmediatamente que estas cualidades compartidas no debe ensamblarlos pues “naciones y estados no son una misma contingencia” (1988: 19). Estudiando la cultura, desde la sociedad agraria hasta los orígenes de la sociedad industrial a la que la humanidad está “irremisiblemente entregada” (59), Gellner entendía que en la transición a la “era del nacionalismo” se impone una “homogeneidad cultural” que no debe atribuirse al nacionalismo sino que en la sociedad industrial “una obligación objetiva e inevitable impone una homogeneidad que acaba aflorando en forma de nacionalismo” (60). Así, de la sociedad industrial al nacionalismo, Gellner trataba de dar respuesta a la pregunta que animaba el texto: ¿Qué es una nación? Para ello sostenía que sólo en ciertas condiciones (culturas desarrolladas, estandarizadas, homogéneas y centralizadas) “puede definirse a las naciones atendiendo a la voluntad y la cultura, y, en realidad, a la convergencia de ambas con unidades políticas” (80). Ahora bien, la hipótesis central del autor, y la que representa su contribución, afirma que “El nacionalismo engendra las naciones, no a la inversa” (80) por lo cual el nacionalismo debe ser entendido como una nueva forma de organización social que surge en el seno de la sociedad industrial, aprovechando los elementos culturales de los que dispone para desplegarse y consolidarse políticamente. Ese mismo año, el politólogo e historiador irlandés Benedict Anderson publicó su obra *Imagined Communities; Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*⁷ en la cual definió a la nación con un “espíritu antropológico”, al considerarla como “una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana” (1993: 23): inherente a las personas en cuanto la comunión entre sí reside en la mente de cada uno, limitada por cuanto debe coexistir con otras naciones y soberana porque dependía de la voluntad colectiva de los ciudadanos. La obra, cuyo motivo directo habían sido los conflictos armados en Indochina entre 1978-1979 en un intento por comprender también “una transformación fundamental en la historia del marxismo y de los movimientos marxistas” (17) que sucumbían ante el avance de los nacionalismo sino se

⁶ La edición original en inglés fue publicada en Oxford por Blackwell Publishers. La edición en español corresponde a: GELLNER, Ernest. *Naciones y Nacionalismos*. Trad. Javier Setó. Alianza Editorial, Madrid-Buenos Aires, 1988.

⁷ La versión original en inglés fue editada por Verso e impresa en Londres y Nueva York, luego traducida al español por Eduardo Suárez como ANDERSON, Benedict. *Comunidades Imaginadas; Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. FCE, México, 1993.

volvían ellos mismos movimientos nacionales, abordó el caso del surgimiento de los nacionalismos en el Nuevo Mundo porque su autor “Había tenido la sensación de que un provincianismo inconsciente había influido y deformado las teorías sobre el tema” (p. 13). La diferencia sustancial de Anderson con Gellner reside en que la idea de “invención” del nacionalismo en este último se equipara con la noción de “fabricación” en el sentido de “falsedad”, mientras que para Anderson la idea de “invención” remite a una noción de “imaginación” en el sentido de “creación” (24).

José Carlos Chiaramonte, en *Nación y Estado en Iberoamérica...* señaló críticamente algunos puntos débiles del trabajo de Anderson (2004: 161-165). Aunque reconoce positivamente su interés en señalar la historicidad del fenómeno del nacionalismo, su esfuerzo por vincular esa historicidad con la idea de invención e imaginario y su crítica a las motivaciones de Gellner, le reprocha al autor una ligereza en el manejo de datos que le llevan a resultados inexplicables o reformulaciones del planteamiento de Renán. Además ese hallazgo conceptual importante, el de considerar a las naciones como comunidades imaginadas, luego se reduce a esquematismos insólitos y explicaciones globales carentes de fundamentación. Sus atractivas interpretaciones no condicen con fundamentos endeble que expone, algunos de los cuales “llegan al absurdo” (especialmente sus argumentos sobre las formaciones de las naciones hispanoamericanas). El error fundamental de Anderson, para Chiaramonte, es que “supone que la Independencia advino como expresión de nacionalidades ya formadas en el período colonial” (164) y no advierte que esa conjunción de americanismo y localismo no corresponde a ninguna forma de identidad nacional. Su perspectiva, al menos para el caso hispanoamericano, parece reafirmar la preexistencia de la nación ignorando la inexistencia misma del concepto de nacionalidad y de las identidades nacionales.

Por su parte, en 1990 el historiador británico Eric Hobsbawm en su obra *Nations and Nationalism since 1780*,⁸ aunque mostraba cierta simpatía por la concepción de Stalin expuesta en *El marxismo y la cuestión nacional* (cuyos méritos intelectuales –según Hobsbawm– eran modestos pero no despreciables), adoptó una postura agnóstica a la hora de establecer definiciones para el término porque –objetivamente– “no hay forma de decirle al observador cómo se distingue una nación de otras entidades *a priori*” (1998: 13) y –subjektivamente– se corre el riesgo de definir una nación por la conciencia de pertenecer a ella, algo que implica una concepción tautológica que “proporciona solamente una orientación *a posteriori* de lo que es una nación” (16). Hobsbawm,

⁸ La edición en inglés fue publicada en 1990 por la imprenta de la Universidad de Cambridge, luego traducida al español y publicada en 1991 por la editorial Critica (usamos la 2ª ed., reimpressa en 1998).

aludiendo a la complejidad de las diversas colectividades humanas, concluye que “el agnosticismo es la mejor postura que puede adoptar el que empieza a estudiar este campo” (16). Ahora bien, para abordar su estudio considera que es mejor comenzar por el concepto de “nación”, lo que implica estudiar el nacionalismo en sí mismo y no por la realidad que representa. En este sentido, su noción de nacionalismo es similar a la de Gellner y considera también que la nación no es una entidad social primaria ni invariable: “Pertenece exclusivamente a un período concreto y reciente desde el punto de vista histórico” (18).

A estas obras destacadas por la recepción y difusión que tuvieron entre intelectuales e historiadores latinoamericanistas debemos agregar también la contribución de Anthony Smith, desde la perspectiva del *etnosimbolismo*, quien en su obra *The ethnic origins of nations* (1986) aunque tampoco daba una definición de la nación consideraba que la misma debía reunir ciertos elementos como territorio, historia, cultura, economía y derechos compartidos. Por otra parte, Adrián Hastings en su obra *The Construction of Nationhood* (1997)⁹ a partir de la distinción entre etnia, nación y estado-nación sostenía que seguía siendo imprescindible para la existencia de una nación la autoconciencia de la comunidad y su identidad política.

Más allá de las divergencias y cuestionamientos que puedan hacerse a cada una de estas propuestas lo cierto es que contribuyeron a una revisión de la cuestión de la nación y de los nacionalismos, generando un cambio de orientación importante en los estudios históricos.

En efecto, si en principio lo que se pretendía era dilucidar el problema de la “nación” –entendida ésta como sujeto histórico– en un momento que correspondería con una concepción *genealógica* de la nación (tomando prestado el concepto de Elias Palti), por el contrario, en las últimas décadas la historiografía ha tomado a la nación como “problema” desde un nuevo marco conceptual que permite pensarla en términos *anti-genealógicos*, es decir, ya no como un sujeto histórico sino como instrumento discursivo que busca legitimar una ideología política, desmantelando de esta manera lo que ha sido denominado “el mito de los orígenes”.

Es en la segunda etapa de la antinomia que propone Palti, con la intención manifiesta de revisar los supuestos implícitos en una perspectiva historiográfica actualmente dominante, que debemos incluir la historiografía de José Carlos Chiaramonte. Palti, que en *La nación como problema...*¹⁰ se enfoca en revisar

⁹ Traducida al español como *La construcción de las nacionalidades. Etnicidad, religión y nacionalismo* (Cambridge University Press, Madrid, 2000).

¹⁰ PALTÍ, Elias. *La nación como problema: los historiadores y la “cuestión nacional”*. FCE, Buenos Aires, 2002.

críticamente las propuestas anti-genealógicas de Eric Hobsbawm, Jürgen Habermas y Homi Bhabha (con sus respectivas diferencias), señala que ante la imposibilidad de mantener ocultas sus pretensiones -no menos políticas e ideológicas que las de los teóricos genealógicos- han llevado a sus últimas consecuencias los supuestos de una perspectiva que, habiendo errado al blanco por no reconocer las nuevas modalidades del discurso nacionalista -aceptación de la nación como mito y reorientación del discurso a la representación-, no lograron alcanzar su meta primordial consistente en desmantelar definitivamente los nacionalismos.

Posteriormente, Palti direcciona su análisis en *El tiempo de la política...*¹¹ hacia uno de los representantes más destacados de esta perspectiva aplicada a los estudios históricos hispanoamericanos, F. Xavier Guerra, que en México ha sido denominada *revisiónismo histórico*. Palti -nutrido de los aportes de Pocock y otros representantes de la Escuela de Cambridge- rastrea los supuestos teleológicos presentes en la tradicional "historia de las ideas" (desde las primeras contribuciones del historiador mexicano Leopoldo Zea) y que el revisionismo planteado por Charles Hale, Richard Morse y F. Xavier Guerra -para el caso hispanoamericano- intentó desmantelar, aunque sin conseguirlo plenamente. Esta nueva perspectiva sigue presa de un teleologismo ético pues si bien sostiene que el ideal de sociedad moderna no se aplica en América Latina, de todas maneras lo presupone como una suerte de "principio regulativo" kantiano.¹²

Lenguajes e identidades: cultura política en la primera mitad del siglo XIX

Como señalamos anteriormente, en *Ciudades, provincias, estados...* encontramos temas y argumentos que fueron desarrollados por Chiaramonte en artículos previos publicados en revistas especializadas o como capítulos de libros.¹³

¹¹ PALTÍ, Elias. *El tiempo de la política: el siglo XIX reconsiderado*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2007.

¹² PALTÍ: 2007, p. 49.

¹³ Entre los capítulos de libros están: "Ilustración y modernidad en el siglo XVIII hispanoamericano", En: KREBS R. y GAZMURI C. (eds.), *La revolución francesa y Chile*, Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1990. "El federalismo argentino en la primera mitad del siglo XIX", En: CARMAGNANI M. (coord.), *Federalismos Latinoamericanos: México/Brasil/Argentina*, El Colegio de México/FCE, México, 1993. "Modificaciones del pacto imperial", En: ANNINO, Antonio - CASTRO LEIVA, L. - XAVIER GUERRA, F. (comps.), *De los imperios a las naciones: Iberoamérica*. IberCaja, Zaragoza, 1994. "¿Provincias o Estados? Los orígenes del federalismo rioplatense", En: XAVIER GUERRA, F. (coord.), *Revoluciones hispánicas: independencias americanas y liberalismo español*. Editorial Complutense, Madrid, 1995. "Vieja y nueva representación: los procesos electorales en Buenos Aires, 1810-1820", En: ANNINO, Antonio (comp.), *Historia de las elecciones y de la formación del espacio político nacional en Iberoamérica, Siglo XIX*. FCE, Buenos Aires, 1995 (En colaboración con Marcela Ternavasio y Fabián Herrero). "En torno a los orígenes de la nación argentina", En: CARMAGNANI, Marcello - HERNÁNDEZ CHÁVEZ, Alicia - ROMANO, Ruggiero. *Para una historia de América, II. Los Nudos* (1), El Colegio de México/F.C.E., México, 1999. "Ciudadanía, soberanía y representación en la génesis del Estado argentino (1810-1852)", En: SABATO, Hilda (cord.). *Ciudadanía política y formación de las naciones, Perspectivas históricas de América Latina*. El Colegio de México/FCE, México, 1999. "El pensamiento político y la reformulación de los modelos", En: LEHUEDE, Jorge Hidalgo - TANDETER, Enrique (dirs.). *Historia*

Según puede corroborarse en sus primeros trabajos sobre la Ilustración y el pensamiento que llevó a las independencias, el discurso de Chiaramonte aunque pretendía evitar y superar la “doctrina de la importación” –característica de los estudios historiográficos sobre las fuentes intelectuales de la independencia- permanecía encasillado en la antinomia modernidad/tradición. Sin embargo, en *Ciudades, provincias, estados...* el autor reflexiona críticamente sobre esta forma de periodización porque deriva en el problema de determinar los comienzos de la modernidad y discernir si esos comienzos deben ser atribuidos al pensamiento ilustrado, al jesuita o a otras corrientes, lo cual impide al historiador estudiar el período atendiendo no sólo a los cambios o “innovaciones” sino sobre todo a las continuidades.

Dichas continuidades son rastreadas fundamentalmente en el plano de las formas de identidad política a fines del virreinato. El autor fundamenta el enfoque de su estudio a este tipo particular de identidades por considerar que si se atiende a las de tipo cultural se corre el riesgo de confundir los fenómenos de diferenciación y auto-identificación de los pueblos con el fenómeno posterior de la identidad nacional.

Por esta razón, aunque se atienda al territorio como “hipotético antecedente de las futuras naciones” se observa que los territorios de las divisiones virreinales no son plenamente coincidentes con los de las futuras naciones y, además, se corrobora que “las entidades soberanas de esa etapa” fueron las ciudades, expresadas políticamente en sus Ayuntamientos y no en las Intendencias, Audiencias o Virreinos. La importancia de las ciudades entre fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX se infiere también al estudiar el significado del vocablo “argentina” que no remitía a un territorio de alcance nacional sino a la ciudad de Buenos Aires o, en su uso ampliado, como expresión de la tendencia hegemónica de Buenos Aires sobre el resto del territorio rioplatense.

General de América Latina, cap. 21, vol. IV: “Procesos americanos hacia la redefinición colonial”. UNESCO-Trotta, Paris, 1999. “Estado y poder regional: las expresiones del poder regional, análisis de casos”, En: MIÑO GRIJALBA, Manuel – VÁZQUEZ, J. Z. (dirs.). Historia General de América Latina, cap. 6, vol. VI: “La construcción de las naciones latinoamericanas, 1820-1870”. UNESCO-Trotta, Paris, 1999.

Entre los artículos de revistas están: “Legalidad constitucional o caudillismo”, En: Desarrollo Económico, Buenos Aires, Vol. 26, N° 102, 1986. “Formas de identidad política en el Río de la Plata luego de 1810”, En: Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, 3a. Serie, No. 1, Buenos Aires, 1989. “Orígenes de la nacionalidad argentina”, En: Ciencia Hoy, vol. 1, N° 2, Buenos Aires, febrero-marzo 1989. “Provincias, caudillos, nación y la historiografía constitucionalista argentina, 1853-1930”, En: Anuario IHES, N° 7, 1992 (colaboración de Pablo Buchbinder). “La formación de los Estados nacionales en Iberoamérica”, En: Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, 3a. Serie, No. 15, Buenos Aires, 1998. “Fundamentos iusnaturalistas de los movimientos de independencia”, En: Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, 3a. Serie, No. 22, Buenos Aires, 2000. “La cuestión de la soberanía en la génesis y organización del Estado argentino”, En: Historia Constitucional, Revista Electrónica de Historia Constitucional, Oviedo, EspaZa, N° 2, Junio de 2001. “El principio del consentimiento en la gestación de las independencias ibero y norteamericanas”, En: Anuario IEHS, N° 17, 2002.

A partir de la aclaración del uso del término *argentina*, Chiaramonte identifica una identidad regional argentina, interna a la nación española que remite a la idea de patria (entendida como ciudad), junto a una identidad americana que en su interior manifestaba el conflicto entre el sentimiento de *español americano* y el propiamente *criollo*, oposición que encierra “el germen de una negación de la identidad española que se desplegará cuando las condiciones históricas configuren las condiciones propicias para ello” (p. 74). Lo anterior, lleva al Chiaramonte a marcar sus diferencias con el planteamiento que Angel Rosenblat realizó en *El nombre de la Argentina* de 1964: mientras que para Rosenblat la identidad americana fue un fruto tardío tras la ruptura con lo español, para Chiaramonte se recurría a la oposición americano y español-americano según las circunstancias.¹⁴

Aun así, la identidad política más firme del periodo remitía a la ciudad: “Lo que en cambio no existió, porque no era un rasgo de época, fue una identidad política de límites rioplatenses que correspondiese a alguna forma de nacionalidad” (p. 61). El argumento pretende corroborar la inexistencia de identidades políticas que puedan asimilarse a un sentimiento de nacionalidad y las limitaciones de un esquema interpretativo basado en la antinomia tradición-modernidad que, enfocándose en el papel innovador de la ilustración, desconoce una gran variedad de corrientes y tendencias políticas propias de la vida intelectual rioplatense entre fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX.¹⁵

En el esfuerzo de corroborar que en la cultura política rioplatense durante la primera mitad del siglo XIX aunque se dieron transformaciones por la divulgación de las nuevas ideas, en realidad lo característico del periodo fue la continuidad de corrientes políticas como el iusnaturalismo y el contractualismo que se observa, por ejemplo, en el pensamiento de Mariano Moreno en quien incluso la concepción de “federación” expresaba una connotación que remitía más bien a una idea de *confederación*.

Lo anterior informa que la doctrina política predominante en el ámbito rioplatense durante la primera mitad del siglo XIX, se fundamentaba en tradiciones iusnaturalista sean de vertiente escolástica o racionalista y en el principio del

¹⁴ El análisis sobre el nombre “Argentina” es retomado por el autor en CHIARAMONTE, J. C. - MARICHAL, C. - GRANADOS, A. (compiladores). *Crear la Nación. Los nombres de los países de América Latina*. Sudamericana, Buenos Aires, 2008, pp. 69-94.

¹⁵ Véase CHIARAMONTE: 2004, pp. 17-25. Señala Chiaramonte que los estudiosos del nacionalismo quedan atrapados en esa periodización, tanto los denominados “modernistas” (Kedourie, Gellner, Hobsbawm) como los críticos del modernismo (Greenfeld, Hastings) porque “asumen que el término *nación* refiere al fenómeno correspondiente a los Estados nacionales del mundo contemporáneo”, de esta manera y, paradójicamente, incluso los críticos del modernismo quedan también atrapados en una simple reducción “modernista” del concepto de *nación*. (pp. 23-24).

consentimiento de los pueblos soberanos. Cuando no se percibe esta particularidad, se puede derivar la interpretación histórica en un relato del pasado en torno a la lucha entre porteños y provincianos y, posteriormente, entre unitarios y federales.¹⁶

Pero más allá de insistir en la inexistencia de una nación argentina para 1810 y hasta mediados del siglo XIX, Chiaramonte pretende mostrar cómo desde la revolución se sucedieron diversos intentos de organizar constitucionalmente un Estado rioplatense que fueron protagonizados por las ciudades principales del territorio y que terminaron sucesivamente fracasando. Esos proyectos apelaban generalmente a lo que se denominaba “antigua constitución”, concepto que podía ser invocado sólo como un arma discursiva, una retórica política en contra de nuevas doctrinas o bien como el conjunto de leyes fundamentales, pautas legitimadoras, para la organización política y las relaciones entre los pueblos.

Con la disolución del Congreso en 1827, los proyectos de unión nacional bajo régimen unitario perdieron fuerza y se afirmó en cambio la soberanía de las “provincias” haciéndose explícita la pretensión soberana independiente de los Estados provinciales.¹⁷

Desde entonces los estados provinciales buscaron encontrar la solución a la desunión política en el confederacionismo, tendencia que respondía al largo proceso de emergencia de las primeras “soberanías” independientes en el ámbito de la ciudad, que terminaron por asumirse como Estados soberanos e independientes.

El argumento constituye la base sobre la cual Chiaramonte introduce otro problema central: el programa correntino de organización nacional. El objetivo que persigue es mostrar el cambio de orientación política que tienen los estados provinciales a partir del estudio del debate suscitado entre Corrientes y Buenos Aires en torno a la existencia o no de una “Nación Argentina”. Infiere entonces que si en un principio Corrientes buscó defender el carácter soberano y autónomo de las provincias, a partir de este conflicto se puede observar un cambio político importante: ante la actitud de Buenos Aires durante el gobierno de Rosas de postergar la organización constitucional del país y el desarrollo de una política que buscaba subordinar las demás provincias,

¹⁶ Véase CHIARAMONTE: 2004, “La formación de los Estados Nacionales en Iberoamérica”, pp. 59-89. Aquí el autor vuelve sobre la cuestión de la emergencia de los “pueblos” soberanos y los problemas generados en torno al “federalismo” y la “confederación”, además de tratar brevemente el caso del Brasil y el confederacionismo paraguayo.

¹⁷ Véase CHIARAMONTE: 2004, “Fundamentos iusnaturalistas de los movimientos de independencia”, pp. 91-160. Aquí el autor desarrolla nuevamente la influencia del derecho natural de gentes en los movimientos de independencia rastreando sus connotaciones en la España Borbónica y los usos en Hispanoamérica, deteniéndose en las contribuciones de Emer de Vattel, especialista del derecho de gentes y autor de un tratado que fue publicado en 1758 y que tuvo una importante difusión en España e Hispanoamérica. Las corrientes iusnaturalistas podían desembocar en teorías contractualistas, ligadas al escolasticismo, o soberanas, ligadas al racionalismo (pp. 135-160).

los representantes correntinos y el gobernador de Corrientes, Pedro Ferré, sostuvieron la necesidad de una unión nacional.

En esta instancia se introduce lo que constituye otro núcleo problemático en el discurso de Chiaramonte: la recepción del romanticismo y el conflicto entre una identidad hispanoamericana, presente en el imaginario político y cultural del periodo, y la demanda de construcción de una nacionalidad argentina.

Chiaramonte vuelve a señalar que en ese imaginario de época la idea de *nación* tenía todavía una connotación racional y se refería simplemente a la organización política de la sociedad: en este sentido, “nación” era sinónimo de “estado”. A partir de la recepción del romanticismo por el grupo de intelectuales criollos de la denominada Generación del 37 se inicia una nueva tendencia que busca legitimar la preexistencia de la nación argentina. Sin embargo, esos primeros intentos por formular la “cuestión nacional argentina” apelando al *principio de las nacionalidades* debió enfrentar el problema que significaba la existencia de una identidad hispanoamericana y la inexistencia de una nacionalidad argentina, razón por la cual las formulaciones de Echeverría y Alberdi oscilaron, en un primer momento, entre “la tentación de incorporar el ingrediente mítico de una nacionalidad preexistente a la organización constitucional de la nación” y “el reconocimiento de la necesariamente previa creación de esa nacionalidad, dado lo evidente de su inexistencia, por otro.” (p. 251). Como resultado, debieron proclamar primero la existencia de la nación argentina y formular luego un programa de construcción de una nacionalidad argentina que fundamente la nación.

Antinomias y significatividad de la historiografía de Chiaramonte

En obras como *La formación del Estado Argentino*, de Oscar Oszlak (1982) y *Ciudades, provincias, estados...* de J. C. Chiaramonte (1997) se evidencia y consolida un replanteamiento sobre el origen del Estado y la Nación en la historia argentina. Pero la evaluación positiva que historiadores como Alejandro Herrero o Luis Alberto Romero han hecho respecto a la contribución de Chiaramonte no fue igualmente compartida –a lo sumo, aceptada con reservas- por otros historiadores especializados en historia cultural e historia intelectual.¹⁸ Las razones son evidentes: el enfoque particular de Chiaramonte que da prioridad en sus estudios de la primera mitad del siglo XIX a la dimensión política en que se manifiestan tanto los lenguajes como las identidades como fenómenos que caracterizan la “cultura política” del periodo estudiado, ofrece un blanco

¹⁸ HERRERO, Alejandro. “El origen no oficial de la Argentina”. En: Nueva Sociedad, N° 170, Caracas, noviembre-diciembre 2000, pp. 204-207.

fácil a críticas esgrimidas desde otros enfoques como el intelectual o el cultural que señalan las complejidades del lenguaje y de las identidades.

Al respecto, nada más sugestivo que los mismos títulos de dos artículos críticos de las hipótesis de Chiaramonte esgrimidos por historiadores especializados en enfoques diferentes. Por un lado, las reflexiones de Pilar González Bernaldo en torno a las continuidades y rupturas que pueden corroborarse en la “identidad nacional” en el Río de la Plata post-colonial: la autora a partir del concepto de “nación identitaria” e incorporando variables como la sociabilidad y la civilidad, introduce una dimensión diferente que le permite vislumbrar los límites de la tesis de Chiaramonte.¹⁹ Por otro, la ya mencionada reseña de Jorge Myers en la que desarrolla tres “deslices metodológicos” identificados en *Ciudades, provincias, estados...* señala como argumento central que, en definitiva, los estudios en torno a los orígenes de la Nación Argentina remiten a una cuestión de identidades, no exenta de aporías y contradicciones.²⁰

En el primer caso, la historiadora señala que el hecho de que en la primera mitad del siglo XIX no se invoque a la nación como un sujeto de soberanía ni se reconozca una sociedad compuesta de individuos libres e iguales o se corrobore un estado nacional como realidad política y territorial, llevó a Chiaramonte a negar la preexistencia de una nación y de una identidad nacional al momento de la independencia y acusar a la historiografía liberal de anacronismo por asimilar como causa lo que en realidad fue el resultado. Sin embargo, éste también cometió un error de anacronismo al suponer que la nación identitaria difundida por el romanticismo en la segunda mitad del siglo XIX es la única forma que permite una identificación con la nación, por lo cual no encontrar en el período revolucionario indicios de un nacionalismo o de una identidad nacional con el sentido que adquirirá luego no es suficiente para demostrar que no existió ninguna otra forma de identificación o representación nacional.

Además, si bien es cierto que tras la revolución persisten identidades de pertenencia ligadas a la ciudad o la patria (entendida en el vocabulario de época como el lugar de nacimiento) y que la nacionalidad argentina es el resultado del proceso de formación del Estado-Nación y no la causa de su emergencia, no alcanza para explicar por qué posteriormente la población se identificará con una idea de nación y con el proyecto de unión nacional que la sustentó. Para dar cuenta de la complejidad de las identidades políticas y culturales es necesario incorporar otras variables al análisis

¹⁹ GONZÁLEZ BERNALDO, Pilar. “La identidad nacional en el Río de la Plata post-colonial. Continuidades y rupturas con el Antiguo Régimen”. En: Anuario IEHS, N° 12, Tandil, UNCPBA, 1997.

²⁰ MYERS, Jorge. “Una cuestión de identidades. La búsqueda de los orígenes de la Nación Argentina y sus aporías”, en Prismas. Revista de Historia Intelectual. N° 3, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1999.

histórico como la “sociabilidad” (que permite analizar la constitución de la sociedad nacional) y la “civildad” (que permite analizar los vínculos nacionales en los comportamientos civiles), pues en definitiva es en el marco de la sociedad civil que se desarrolla el sentimiento de pertenencia nacional, sin que esto implique un reemplazo de otros sentimientos de pertenencia. En síntesis, aunque la autora coincide con Chiaramonte al reconocer que a principios del siglo XIX no existe una identidad nacional en el ámbito rioplatense disiente al afirmar que eso no implica la inexistencia de otras relaciones de pertenencia o identidades colectivas, incluso un proyecto de construcción nacional.

En el segundo caso, los argumentos de Myers se desplazan al punto de introducir una crítica que por momentos pretende desestabilizar la estructura del discurso de Chiaramonte. Myers, desde un enfoque intelectual diferente al seguido por Chiaramonte, señala tres deslices metodológicos en *Ciudades, provincias, estados...* mostrando con agudeza las contradicciones internas de un discurso histórico que en aras de una explicación coherente y pretendidamente acabada sobre los orígenes de la Nación Argentina, termina cediendo por la intención misma de evitar la ambigüedad ante una realidad histórica que precisamente se presenta siempre dinámica y compleja. Al igual que González Bernaldo, Myers también señala que en el abordaje exclusivo y sobredimensionado de las identidades políticas en las que no se corrobora la existencia de una identidad nacional, Chiaramonte desestima la posibilidad de que otras formas de identidad colectiva hayan existido antes de la organización nacional. Tras sintetizar los argumentos del relato histórico de Chiaramonte que fundamentan el pasaje de las ciudades -primera matriz identitaria- a las provincias -estados soberanos e independientes- y la conformación del estado central en 1853 -previa aclaración de la confusión entre confederación y federalismo-, Myers señala lo que considera la hipótesis nueva que introduce este estudio: la existencia de un momento confederal que bien pudo constituir un modelo alternativo de organización política y constitucional. Pero inmediatamente señala que la claridad de la exposición de Chiaramonte tiene un alto precio que implica desvirtuar la complejidad de la realidad histórica por medio de la obturación de amplios segmentos de la experiencia histórica vivida, razón que pone en evidencia tres deslices metodológicos.

El primer desliz se produce porque la atención puesta sobre los factores políticos de manera casi exclusiva, impide al autor considerar la dimensión cultural de los procesos estudiados y esto resulta más negativo cuando se trata del abordaje de una problemática como la “identidad” que no puede quedar limitada a una simple correlación entre la palabra y la cosa: de esta manera, el rastreo que realiza

Chiaramonte de los gentilicios y los significados de conceptos políticos de la época no considera que una identidad colectiva puede no ser nombrada directamente por un término, ser nombrada pero de manera imprecisa y contradictoria o perder su idoneidad como referencia aunque persista el vocablo. Señala Myers que la reconstrucción de vocablos o léxicos aunque constituye una tarea necesaria para el historiador, no alcanza para dar cuenta acabada de un problema que excede la instancia discursiva en tanto implica realidades sociales y culturales.

El segundo desliz se produce porque en el análisis de las identidades políticas Chiaramonte no sólo excluye otros tipos de identidades sino que como consecuencia de una elección consecuente al enfoque, concentra el estudio en fuentes de juristas y letrados lo cual implica no solamente circunscribirse a las identidades de un sector social sino también limitar la interpretación a un tipo de lenguaje altamente formalizado: en este punto, identidades y vocabularios manifiestan sus profundas diferencias porque mientras que el lenguaje pretende fijar sentidos, precisar definiciones, clasificar y establecer convenciones, por el contrario las identidades son cambiantes, difusas, inestables e incoherentes. De esta manera, es en la propia metodología que Myers encuentra las razones de estas limitaciones del estudio de Chiaramonte y considera que sólo haciendo de la institución jurídica -sus integrantes y redes discursivas- un objeto de estudio que podrían abordarse de manera más dinámica y compleja las relaciones mediadas entre las definiciones y la población.

Por último, al omitir esas instancias de mediación y suponer cierta transparencia del lenguaje no alcanza a mantener estable la arquitectura de su discurso ya sea ante la objeción de omitir otras identidades colectivas, el reclamo de fundamentar sus hipótesis solamente a partir de definiciones jurídicas que no siempre pueden reflejar los signos identitarios reales o la atención predilecta a las dimensiones políticas de los procesos estudiados, operación que -legitimada como elección metodológica- no alcanza a dar cuenta acabada de fenómenos como las identidades que si bien pueden referirse a cuestiones políticas remiten también a una dimensión cultural: de esta manera la explicación del surgimiento del Estado Nacional queda limitada a factores como la coerción política estatal y obtura la ambigüedad que caracteriza a las identidades colectivas, que pueden mantenerse indefinidas o superponerse entre sí.

Las críticas agudas de Myers que parten del enfoque contextualista de la nueva historia intelectual propuesta por la Escuela de Cambridge (a la sombra de los postulados de Pocock, difundidos en Argentina por Elias Palti y el grupo de historiadores nucleados principalmente en la Universidad Nacional de Quilmes) no son ajenas a ciertos “escollos” -para usar un término recurrente en la reseña del autor- que el mismo

Myers busca eludir y que, paradójicamente, deben constituir el fundamento de cualquier crítica a la producción de Chiaramonte. Primeramente, debe señalarse que la crítica no responde sólo a deslices metodológicos presentes únicamente en la obra de Chiaramonte sino a divergencias, incluso incompatibilidades, entre dos enfoques diferentes: uno que atiende a la esfera discursiva del lenguaje y las identidades políticas y otro que visualiza las representaciones y redes de significados en las que se inserta el lenguaje y las identidades culturales. Por otra parte, cuando Myers critica a Chiaramonte por eludir el tratamiento de las identidades religiosas especialmente al abordar la etapa rivadaviana, aun recordando los trabajos anteriores del autor al respecto se muestra disconforme por la falta de tratamiento en ésta obra: un juicio que además de partir de un débil fundamento (como ser la apreciación de la cantidad de páginas que dedica al tema, probablemente porque años antes le dedicara varios libros), orienta hasta extremos inciertos su argumento al negar en Chiaramonte el abordaje de cuestiones de índole intelectual (cuestión ampliamente analizada por el autor en trabajos previos y que en todo caso si no se reiteran o profundizan es justamente por esa razón). Pero sobre todo, cuando reconoce que la preferencia de Chiaramonte por las identidades políticas obedece a la consideración de que la identidad nacional según criterios culturales recién es instaurada por el romanticismo en la segunda mitad del siglo XIX, sólo cuestiona el criterio señalando -a pie de página- que tal hipótesis se manifiesta por lo menos problemática: un punto crucial para criticar el discurso de Chiaramonte que no puede menos que ser fundamentado con precisión porque, como lo señalamos primero, la raíz de la crítica de Myers reside en la divergencia misma de los presupuestos teórico-metodológicos de enfoques diferentes y el cuestionamiento de uno sobre el otro no puede ser legítimo sino a condición de corroborar las debilidades de su contrario, algo que finalmente Myers no alcanza a lograr satisfactoriamente al pretender, solamente, con la introducción de una “duda” cuestionar la elección metodológica de Chiaramonte.

Si por la intención de exponer un discurso coherente y estable Chiaramonte no pudo evitar esos deslices metodológicos, entonces, parece que la intención de Myers de criticar un enfoque diferente no alcanza a probar tampoco desde su perspectiva las falencias que denuncia. Aún atendiendo a sus criterios -en gran medida válidos- un estudio de Noemí Goldman y Nora Souto sobre los usos de los concepto de “nación” en el espacio político rioplatense entre 1810 y 1827,²¹ que atiende a fuentes más diversificadas que las de Chiaramonte (principalmente jurídicas) no llegan a refutar la

²¹ GOLDMAN, Noemí - SOTO, Nora. “De los usos de los conceptos de “Nación” y la formación del espacio político en el Río de la Plata (1810-1827)”. En: *Secuencia*, N° 37, México, 1997.

tesis de éste (tampoco parecen pretenderlo), a lo sumo corroboran que desde 1816 la idea de nación se asocia generalmente a las Provincias Unidas del Río de la Plata. En todo caso, lo que Chiaramonte ni Goldman y Souto logran superar es la dicotomía de “tradición” y “modernidad” característica del enfoque de Guerra y que aun problematizando la transición entre ambas –en torno las particularidades del caso rioplatense- no dejan de suponerlas como precondition del análisis.

En este panorama, el libro de Pablo Chami²² más bien sintetiza las contribuciones de Chiaramonte en torno al origen de la Nación Argentina y el lenguaje político y de ninguna manera alcanza a desarrollar una crítica profunda de sus argumentos. Es más, al introducir una observación significativa como resultado de comparar lo expuesto por Chiaramonte en *Ciudades, provincias, estados...* de 1997 con un artículo suyo sobre las formas de identidad en el Río de la Plata en la época revolucionaria publicado en 1989, cree haber encontrado una contradicción:

“La diferencia entre ambos textos, un tanto sutil, consiste en que, mientras que el artículo de 1989, la *identidad argentina* es una de las tres coexistentes en el Río de la Plata luego de la Independencia, en el libro de 1997, Chiaramonte considera que ella no existía en las primeras décadas del período independiente”²³

Y para corroborar su punto, cita a continuación un argumento de Chiaramonte expuesto en su obra de 1997:

“Lo que en cambio no existió, porque no era un rasgo de la época, fue una identidad política de rasgos rioplatenses **que correspondiese a alguna forma de nacionalidad**. Dado que, como observamos a menudo en este trabajo, la noción misma de nacionalidad como fundamento de un Estado nacional es de tardía aparición en la primera mitad del siglo XIX.”²⁴

La idea remarcada, refuta claramente esa supuesta diferencia que Chami cree haber encontrado. Lo que en realidad parece no haber percibido es que Chiaramonte no niega que haya existido una identidad rioplatense –de hecho es quien la reconoce- sino que esa identidad al igual que las demás no correspondió con una idea o sentimiento de “nacionalidad”, porque –como el autor lo repite constantemente- esa noción que es propia del romanticismo europeo se introdujo en el ámbito rioplatense posteriormente.

²² CHAMI, Pablo Andrés. Nación, identidad e independencia en Mitre, Levene y Chiaramonte. Prometeo Libros, Buenos Aires, 2008.

²³ CHAMI, Pablo. Op cit., p.95

²⁴ CHAMI, Pablo. Op cit., p. 95-96. El resaltado es nuestro

Silvana Ablin,²⁵ en cambio, percibe muy bien esta argumentación de Chiaramonte señalando que las identidades políticas que existían en la primera mitad del siglo XIX en el espacio rioplatense eran más bien formas de diferenciación y auto-identificación de los pueblos pues aunque expresaban rivalidades políticas, de ninguna manera estaban asociadas a una idea de nación: las formas de identidad respondían a un vínculo contractual y estaban desligadas del principio de las nacionalidades propia del romanticismo. La autora, nutrida de conceptos hermenéuticos de Paul Ricoeur y de la lingüística de Émile Benveniste, se propone –como lo había hecho anteriormente con el discurso de F. Xavier Guerra- desarmar la trama argumentativa de Chiaramonte en *Ciudades, provincias, estados...* para dar cuenta de la forma en que construye un “tercer tiempo” (que en Ricoeur sería el narrativo, pero que la autora denomina “conceptual”) para dar sentido al concepto de “nación” (en tanto concepto político normativo) en los enunciados de los actores rioplatenses de la primera mitad del siglo XIX. La hipótesis de la que parte sostiene que entre los sentidos normativos y los de los actores existe una *tensión irresoluble* (en un trabajo anterior afirmaba que era *excluyente*)²⁶ por lo que en un discurso histórico el investigador debe trabajar necesariamente con esa aporía otorgando temporalidad a los conceptos políticos: esta operación puede hacer aflorar los lenguajes de los actores –dando cuenta de sus propios normativismos- o hacer emerger solamente sentidos universales, atemporales y descontextualizados de los conceptos. El límite que implica esta segunda opción se ve además afectada por el hecho de que – como agudamente señala Ablin- “toda contextualización realizada por el historiador o cientista social requiere de algún componente normativo del presente (modelos teóricos, conceptos normativos, aproximaciones hermenéuticas, filosóficas, semióticas) para precisarla.” Y seguidamente, agrega que constituyen normativismos en tanto son formalizaciones teóricas que “encierran en los márgenes de sus teorías los procesos del pasado que se quiere contextualizar”. En otras palabras, las formalizaciones teóricas que introducen normativismos en los estudios históricos también están presentes en los análisis que, intentando evitarlos, buscan dar cuenta de los sentidos de los actores y sus propios normativismos pero sin alcanzarlo porque, en definitiva, toda interpretación está mediada: en ese sentido –sostiene Ablin- aun las aproximaciones hermenéuticas son racionalizaciones teóricas. Ese punto es crucial para no ceder

²⁵ ABLIN, Silvana. “Los conceptos políticos: temporalidad y narración en los orígenes de la Nación Argentina”. En: XI Congreso Nacional de Ciencia Política, Paraná, Universidad Nacional de Entre Ríos/Sociedad Argentina de Análisis Político, 17 al 20 de julio de 2013.

²⁶ Véase ABLIN, Silvana. “Normativismos y sentidos conceptuales de los actores: una tensión irresoluble”. En: XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 2 al 5 de octubre de 2013.

ingenuamente a las teorías contextualistas del lenguaje que por el sólo hecho de considerar las redes de significados y de intercambios pretenden mostrarse inmunes a formalizaciones previas que condicionan la interpretación.

Ablin, luego de rastrear antecedentes de producciones históricas enfocadas en los sentidos de los actores (Halperín Donghi, Ezequiel Gallo y Natalio Botana), los vínculos intelectuales entre los principales representantes de la nueva historia política latinoamericana (F. Xavier Guerra, Marcelo Carmagnani, Antonio Annino, Hilda Sabato, J. C. Chiaramonte, entre otros) y las influencias que recibieron de otros estudios en torno a la nación y los nacionalismos (Ernest Gellner, Eric Hobsbawm, Benedict Anderson), desarma la trama argumentativa de Chiaramonte identificando “tres personajes”: un protagonista normativo (derecho de gentes, iusnaturalismo y pactismo en oposición al liberalismo romántico de la generación del ’37), un protagonista temporal (el siglo XVIII) y un protagonista conceptual (que sería el vocabulario político de la época). Evidentemente, Chiaramonte desarrolla su argumento como crítica al normativismo instituido por el romanticismo y adoptado por las historiografías liberal, nacionalista y revisionista revalorizando el normativismo de la época que sería el iusnaturalismo y el pactismo del siglo XVIII, operación que fundamenta empíricamente con el análisis del vocabulario político de la época (fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX) para evitar anacronismos conceptuales y entender el sentido de los vocablos claves como pueblo, nación, soberanía y federalismo en la cultura política del período. El texto de Ablin destaca, sin dudas, por ser un análisis muy atento a las relaciones que se establecen entre los argumentos de la obra de Chiaramonte y que la autora busca “desarmar” enfocándose en esos tres protagonistas de la trama de *Ciudades, provincias, estados...* Además, la conclusión a la que arriba revela un punto clave para revisar críticamente el discurso de Chiaramonte. Sin embargo, parece no percibir que ella misma queda presa de los fundamentos y denuncias de su hipótesis, al menos en dos cuestiones. *Primero*, no queda claro la naturaleza que adquieren esos tres personajes (normativismos, siglo XVIII, vocabulario político) que identifica en la trama de Chiaramonte pero claramente conducen a pensarlos como *sujetos históricos* (es decir como “totalidades individuales”, retomando el concepto introducido por el sociólogo Ernest Troeltsch), aunque la duda se genera en torno a quién atribuye tal carácter a estos personajes: ¿es Chiaramonte quien asimila –así sea como supuestos- estos factores o contextos como sujetos históricos? ¿Es Ablin quien cree reconocer en la trama de la obra estos personajes como “totalidades individuales” porque entiende que así lo concibe Chiaramonte? ¿Asimila, en realidad, Ablin estos personajes como sujetos históricos en el interior del texto pero reconociéndolos como tal fuera de éste? Nos

parece que la respuesta es afirmativa al tercer interrogante y con ello la autora comete el doble error de individualizar fenómenos colectivos y encerrarse en periodizaciones de historia intelectual construidas arbitrariamente. Segundo, su argumento central es que en los estudios del lenguaje político de los principales referentes de la denominada *nueva historia política* se observa aún la tendencia a hacer aflorar los *significados* de los conceptos a partir de los normativismos -de la época o los propios- y no de los *sentidos* de los actores, pero la pregunta clave es: cuando analiza el discurso de Chiaramonte ¿hace aflorar los sentidos del sujeto o los significados del lenguaje a partir de los normativismos del autor o los suyos propios, es decir de sus formalizaciones teóricas? Todo indica que lo hace desde sus normativismos, la formalización teórica que tiene de la lingüística de Benveniste y la hermenéutica de Ricoeur (el de *Tiempo y narración...*): por lo tanto, aunque su crítica apunte a un blanco bastante certero en la historiografía de Chiaramonte, ella misma se transforma en blanco de su crítica (corroborando en el propio déficit su hipótesis del conflicto irresoluble entre ambas aproximaciones).²⁷

Habíamos observado también, que Ablin concluye indicando un punto clave para una revisión crítica de la historiografía de Chiaramonte. Efectivamente, la autora señala que Chiaramonte:

“Al desarmar el punto de partida que el mito de las nacionalidades construye (la preexistencia de la nación antes de la independencia), y separarlo, es posible restablecer otros sentidos a las soberanías del periodo independentista y posterior. Sin embargo, éstos, también pueden ser atribuidos desde aquello que el mito no es, o mejor dicho, desde la oposición del mito. Por lo tanto, el riesgo es establecer sentidos más en forma relacional al mito, por oposición a él, que en las múltiples formas de los discursos de los actores antes que emergiera el mito.”

Lamentablemente, cuando acaba por señalar el punto clave para introducir un análisis crítico abandona el suyo.

Nosotros, que llegamos a esta instancia por otra vía de interpretación concluimos que: para comprender la *operación historiográfica* de Chiaramonte, lo que implica atender al *lugar social de producción*, las *prácticas* y la *escritura de la historia* y no solamente la *trama narrativa* de sus obras,²⁸ es necesario atender a la crítica principal

²⁷ Por el contrario, a lo largo de esta tesis hemos atendido tanto a los *significados* que de los *textos* de Chiaramonte pueden interpretarse como a los *sentidos* que el autor, en tanto sujeto histórico, otorga a su perspectiva, sus objetivos y sus experiencias personales e intelectuales –sea mediante el análisis de entrevistas (en las que el discurso sigue estando presente) o también los contextos socio-históricos, intelectuales, académicos. En definitiva –como lo señalará Ricoeur al revisar su propia filosofía de la historia– es necesario atender a las tres fases de una operación historiográfica para poder comprenderla.

²⁸ Aspecto que constituye en sí mismo un problema a dilucidar, pues el discurso historiográfico de Chiaramonte no es exclusivamente narrativo, y Ablin parece no percibir el desplazamiento del sentido de *relato* -como acto configurador de la temporalidad- que Ricoeur propone en *Tiempo y narración...* y que posteriormente re-interpreta a partir de su adaptación del esquema de “operación historiográfica” planteado

que él mismo realiza a las versiones teleológicas de la historia, las cuales al estudiar los orígenes de la nación argentina caen en el sofisma de “falsa causa” (*post hoc/propter hoc*) y en el círculo vicioso del sofisma de “petición de principio” (*petere principium*):²⁹ segados por ambos, deforman el proceso histórico estudiado (período revolucionario) a partir de lo que sucede después (la conformación del Estado-Nación) e interpretan así las circunstancias y acontecimientos previos (ilustración, revolución, anarquía, caudillismo, federalismo) como causas, antecedentes u obstáculos de lo que va a desarrollarse posteriormente, incurriendo también en el círculo de comprobar dos proposiciones entre sí mismas (“a” –la conformación del Estado-Nación- se comprueba por “b” –la preexistencia de la identidad nacional argentina- y, viceversa, “b” –existía la nacionalidad argentina- por “a” –porque se constituyó un Estado nacional-).

Lo que pocos han percibido –al menos a nuestro conocimiento- es que Chiaramonte comete el mismo equívoco pero por negación: si las historiografías que critica incurrieran en el sofisma de interpretar el devenir histórico de la nación por el desarrollo efectivo del proyecto que desembocó en su creación (fabricación, invención, imaginación, en términos de las propuestas más conocidas) y explicar el proceso histórico por la relación causal que se deduce según el orden temporal de los sucesos, él mismo parece incurrir en igual sofisma –pero por negación- al sostener que si esto fue así lo fue a costa de otros proyectos alternativos que, como el Estado confederado, no llegaron a concretarse o se vieron frustrados por la imposición final de otro modelo. Entonces: a partir de lo que no va a llegar a ser definitivamente (el estado confederado) interpreta la historia argentina por la frustración de un proyecto alternativo de organización política y constitucional. Si en la versión liberal la nación demoró su

por Certeau en torno a la cuestión de la *representación*. Al respecto, las propias aclaraciones de Ricoeur respecto a cambios y continuidades en su pensamiento y cómo reorienta la “dimensión narrativa del discurso histórico” para “comprender cómo el acto configurador de la construcción de la trama se articula según los modos de explicación/compreensión al servicio de la representación del pasado”, examen que introduce “enmarcándolo dentro de la tercera operación historiográfica, la representación literaria del pasado, a la que se le concederá la misma importancia que a los otras dos operaciones”. RICOEUR, Paul. La memoria, la historia, el olvido. 2ª. ed. FCE, Buenos Aires, 2010, p. 241 (el resaltado es nuestro).

²⁹ Ambos sofismas fueron explicados y criticados, fundamentalmente, por Aristóteles. En 1970, Charles Hamblin los identificó como *Falacias* (nombre homónimo de su obra *Fallacies*): *post hoc/propter hoc* (después de esto/ a consecuencia de esto) es una falacia que asume que si un acontecimiento sucede después de otro es porque entre ambos exista una causalidad de orden (el primero fue la causa del segundo, el segundo es consecuencia del primero), sofisma que Condillac explicaba con ironía: “Tendrás mucha razón de reírte, pues todo está fundado en esta ridícula proposición, *post hoc, ergo propter hoc*. Muchas veces acontece, después de la aparición de un cometa, alguno de aquellos accidentes funestos a los que están sujetos los hombres, como la peste, el hambre, o la muerte de un Príncipe, y se concluye de aquí, que han sucedido por el cometa...” (Véase CONDILLAC, M. l'Abbé. La logique, ou Les premiers développements de l'art de penser, Lección X). *Petere principium* es una falacia que ocurre cuando la proposición que pretende probarse ya se encuentra implícita o explícitamente en alguna de las premisas (la conclusión a la que se llega es en realidad un supuesto del que se parte), se suele señalar también que una petición de principio es más persuasiva cuando es lo suficientemente larga como para hacer olvidar al receptor que la conclusión ya fue admitida como premisa, por lo general introduce un razonamiento circular entre la causa-efecto/efecto-causa.

concreción por la oposición de las provincias y los caudillos, en la de Chiaramonte el estado confederado fracasó por la oposición de Buenos Aires durante el gobierno de Rosas.

Esta interpretación puede incurrir en una visión frustrada de la historia del Estado argentino que al igual que los revisionistas y los teóricos de la dependencia y el desarrollismo interpretaban el devenir histórico a partir de proyectos frustrados que no llegaron a concretarse y perdurar. Si la “nación” fue **lo que llegó a ser** (lo que finalmente fue creado) primero como proyecto político y constitucional efectivo y luego re-fundada en los términos culturales del nacionalismo, es porque **no llegaron a ser** otros proyectos alternativos, de los cuales el de Corrientes constituye su mejor expresión coherente y fundamentada en términos jurídicos y políticos para luego reorientar su posición en aras de alcanzar su objetivo: si los privilegios de Buenos Aires no podían ser eliminados en una confederación (porque, sobre todo, durante el gobierno de Rosas ella no cedió en favor del beneficio de las demás provincias), podría alcanzarse esta pretensión integrándola a un conjunto nacional.

Sin embargo, lo anterior debe ser matizado para no incurrir en un juicio apresurado que no avance más allá de la propuesta hermenéutica de Dilthey (conocer las intenciones del autor –sus motivaciones- para llegar a comprender lo que dijo mejor que él mismo)³⁰ o deducir por los usos políticos de la historia que pueda tener una obra los objetivos discursivos del autor y del texto –hacer de un efecto, ajeno incluso al autor, la causa del texto- (bien señalaba ya Chiaramonte sobre su obra *Nacionalismo y liberalismo económicos...* que tuvo una suerte equívoca, porque fue utilizada con fines políticos e ideológicos que escapaban completamente al objetivo de su investigación). En este sentido, si *Ciudades, provincias, estados...* parece hasta el presente disfrutar de una *suerte inequívoca*, como obra fundamental que desmantela el mito de la nación argentina y referencia obligada en la historiografía argentina reciente, también puede señalarse que podría derivar por los *usos políticos de la historia* en fundamento de una visión histórica frustrada de la organización del Estado argentino y de un discurso anti-nacionalista y anti-porteño.

³⁰ Véase RICOEUR, Paul. *Del texto a la acción: ensayos de hermenéutica II*. 2ª. ed. FCE, México, 2010, pp. 76-82.

Conclusiones

Queda a nuestro análisis reconocer la significatividad de esta obra fundamental para una reinterpretación más compleja de la historia política argentina de la primera mitad del siglo XIX.

Como vimos, en un contexto de revisión y debate historiográfico impulsado por la emergencia de nuevas perspectivas en historia política e intelectual, Chiaramonte eligió una alternativa similar a la de Hobsbawm en tanto rehusó establecer una definición del término “nación” al considerar que lejos de prestar ayuda al investigador entorpecen su tarea.

Su interés fue en realidad comprender el significado que dicho vocablo tuvo para los protagonistas en distintos momentos históricos y a través del estudio del vocabulario político al momento de las independencias americanas corroborar que el término nación era usado a veces como referente de una unión étnica, lingüística y cultural y en otros casos como cuerpo de ciudadanos con soberanía colectiva que constituían un Estado. El objetivo que perseguía Chiaramonte no era definir a la nación ni esbozar su génesis sino llegar a la comprensión de que las entidades soberanas existentes en las primeras décadas del siglo XIX aunque en la mayoría de los casos terminaron dando origen a las distintas naciones iberoamericanas no necesariamente ése debía ser su último destino. Sin embargo, como hemos visto, continuamos ante un problema de sofismas (*post hoc/propter hoc* y *petere principium*) que conducen a los historiadores a deformar el proceso histórico estudiado a partir de lo que sucede o no llega a suceder después e interpretan así las circunstancias y acontecimientos previos como causas, antecedentes u obstáculos de lo que va o no a desarrollarse posteriormente. Chiaramonte, que denuncia estas deformaciones historiográficas, parece incurrir en igual sofisma pero por negación, al sostener que si el proceso histórico del siglo XIX concluye con la organización del Estado-Nación fue a costa de otros proyectos alternativos que, como el Estado confederado, no llegaron a concretarse o se vieron frustrados por la imposición final de otro modelo.

Aun así, esta historiografía es más que significativa para comprender las relaciones complejas y cambiantes que se establecen entre historia y nación en relación a los usos políticos que pueden hacerse de ella. La imposición por diversos medios y estrategias de una idea de “Nación” y su consecuente “identidad nacional” en la segunda mitad del siglo XIX, entre los cuales la historiografía desarrollada por Mitre es fundamento de esta visión y fundante también de una tradición intelectual que fundamentaba a la Nación, es factor crucial para entender por qué la crisis de esta

identidad nacional gestada durante la última dictadura militar y manifestada en la transición a la democracia estuvo en relación a una crisis de la historiografía nacional y de la memoria nacional.

Referencias Bibliográficas

- ABLIN, Silvana. "Los conceptos políticos: temporalidad y narración en los orígenes de la Nación Argentina". En: XI Congreso Nacional de Ciencia Política, Paraná, Universidad Nacional de Entre Ríos/Sociedad Argentina de Análisis Político, 17 al 20 de julio de 2013.
- ABLIN, Silvana. "Normativismos y sentidos conceptuales de los actores: una tensión irresoluble". En: XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 2 al 5 de octubre de 2013.
- ANDERSON, Benedict. *Comunidades Imaginadas; Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. FCE, México, 1993.
- AUDI, Robert (ed.). *Diccionario Akal de Filosofía*. Akal, Madrid, 2004.
- CHAMI, Pablo Andrés. *Nación, identidad e independencia en Mitre, Levene y Chiaramonte*. Prometeo Libros, Buenos Aires, 2008.
- CHIARAMONTE, J. C. *Ciudades, Provincias, Estados: orígenes de la Nación Argentina*. Emecé Editores, Buenos Aires, 1997.
- CHIARAMONTE, J. C. *Nación y Estado en Iberoamérica: el lenguaje político en tiempos de las independencias*. Sudamericana, Buenos Aires, 2004.
- CHIARAMONTE, J. C. - MARICHAL, C. - GRANADOS, A. (compiladores). *Crear la Nación. Los nombres de los países de América Latina*. Sudamericana, Buenos Aires, 2008.
- CHIARAMONTE, J. C. *Fundamentos intelectuales y políticos de las independencias: notas para una nueva historia intelectual de Iberoamérica*. Teseo, Buenos Aires, 2010.
- GELLNER, Ernest. *Naciones y Nacionalismos*. Trad. Javier Setó. Alianza Editorial, Madrid-Buenos Aires, 1988.
- GOLDMAN, Noemí - SOTO, Nora. "De los usos de los conceptos de "Nación" y la formación del espacio político en el Río de la Plata (1810-1827)". En: *Secuencia*, N° 37, México, 1997.
- GONZÁLEZ BERNALDO, Pilar. "La identidad nacional en el Río de la Plata post-colonial. Continuidades y rupturas con el Antiguo Régimen". En: *Anuario IEHS*, N° 12, Tandil, UNCPBA, 1997.
- HERRERO, Alejandro. "El origen no oficial de la Argentina". En: *Nueva Sociedad*, N° 170, Caracas, noviembre-diciembre 2000.
- MORA MÁRQUEZ, Ana María. "Omnis Homo de necessitate est animal. Significación y referencia vacía en la segunda mitad del siglo 13". En: *Kriterion*, Belo Horizonte, N° 131, junio 2015.
- MYERS, Jorge. "Una cuestión de identidades. La búsqueda de los orígenes de la Nación Argentina y sus aporías", en *Prismas. Revista de Historia Intelectual*. N° 3, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1999.
- PALTI, Elias. *El tiempo de la política: el siglo XIX reconsiderado*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2007.
- PALTI, Elias. *La nación como problema: los historiadores y la "cuestión nacional"*. FCE, Buenos Aires, 2002.
- RICOEUR, Paul. *Del texto a la acción: ensayos de hermenéutica II*. 2ª. ed. FCE, México, 2010.
- RICOEUR, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. 2ª. ed. FCE, Buenos Aires, 2010.
- ZEITLER, T. Elias. "El campo historiográfico argentino en la democracia. Transición, profesionalización y renovación". En: *Revista Digital Estudios Históricos*, Centro de Documentación Histórica del Río de la Plata- Prof. Dr. Walter Rela, Uruguay, N° 3, diciembre 2009. En línea: http://www.estudioshistoricos.org/edicion_3/elias-zeitler.pdf
- ZEITLER, T. Elias. "Conceptos que hicieron historia. Nación, Provincia y Región en la historiografía de J. C. Chiaramonte". En: *Artificium, Revista Iberoamericana de Estudios Culturales y Análisis Conceptual*, Año 4, Vol. 1, Universidad Nacional de Salta, 2013, pp. 58-76. En línea: <http://www.artificium-estudiosculturales.com/>
- ZEITLER, T. Elias. "La Nación Argentina en la encrucijada: crisis de una historia y una memoria". En: *Revista Ponta de Lança: História, Memória & Cultura*, Universidade Federal de Sergipe, Brasil, Año 5, N° 9, oct. 2011/abril 2012, pp. 21-30. En línea: <http://www.seer.ufs.br/index.php/pontadelanca/article/view/1572/2706>
- ZEITLER, T. Elias. "Problemáticas intelectuales en torno al pensamiento marxista. Modos de producción y lenguaje de clases en el discurso de J. C. Chiaramonte". En: *La Razón Histórica; Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas*, Instituto de Política Social, Murcia-España, N° 28, septiembre-diciembre de 2014. En línea: <http://www.revistalarazonhistorica.com/28-2/>

Recibido: 13 de agosto de 2015
Evaluación: 2 de octubre de 2015
Aceptado: 25 de noviembre de 2015